

Travesía

Xóchitl Carina Espinoza López*

Tuvimos que recorrer mil millas para llegar a nuestro destino.

El virus nos perseguía. Cada vez que veíamos a una persona con tapabocas pensábamos que nos infectaría e inmediatamente imaginábamos el peor escenario, que era el hospital. En esta situación no teníamos de otra más que caminar para llegar al sueño dorado, porque en nuestro pueblo se muere uno de pobre.

La gente ya no tiene con qué alimentar a los animales. El pasto seco de por sí era más nuestro alimento que el recuerdo de la carne, ya que los animales muertos parecían peluches despellejados y malditos.

La policía nos persigue, piensa que nosotros tenemos la culpa de la inseguridad cuando ellos mismos reorganizan y lo manejan todo.

Yo solo quiero una vida mejor para mi familia. Mi hija padece anemia y en donde vivíamos empezaron a cerrar los hospitales que "porque ya no hay dinero".

Según ellos, se excusan por la falta de biyuyo, porque últimamente no hemos pagado el impuesto a las cerraduras, como el día que pasaron a preguntar a mi casa...

—Señor tenemos que hacerle unas preguntas, ¿cuántas cerraduras tiene en su casa?

—¿Por qué habría de contestarle esa pregunta?

—Señor es el cuestionario, es necesario saber esa información para tener un país mejor.

—Váyase al carajo—, y le cerré la puerta con un trancazo.

Cada día recuerdo porque me tengo que ir de este infierno. Es porque tengo la esperanza de que llegaré al sueño dorado y será mejor.

Me refugió en puentes con mis camaradas por las noches. Le digo a mi hija que no se aleje de mí, desconfió de mis cuates, porque aunque son mis paisanos, no sé para quienes trabajan.

* Egresada de la Licenciatura en Artes en la Facultad de Artes, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Pancho ayer me dijo —¡Aguas carnalito!, no debiste viajar con tu *chilpayata*, andan buscando chavas para prostituirlas, allá mismo en el dorado la dejes sola, los infiltrados viajan contigo—.

Tengo miedo porque día a día se acaba la comida. He pensado en buscar un trabajo más al norte, pero todo parece fantasma. El virus se sigue propagando y está todo hecho un caos por el miedo a contagiarse, ya que si estás infectando escupes sangre y mueres en cuestión de horas.

Ya es de mañana, se me acabó todo el dinero que llevaba y teníamos que hurgar en la basura, Juan me propuso que nos metiéramos a robar una tienda lujosa de electrodomésticos le dije que era una pésima idea, ¿pues cómo venderíamos un microondas a la gente que estaba encuartelada en sus refugios? Lo que menos querrían es comprar un aparato. Dentro de mí apareció la culpa, por haber considerado la idea de robar.

Odio a los malditos rateros, recuerdo el día en que me asaltaron cuando tomaba el bus, recién me habían pagado mis tres meses de sueldo cuando el pendejo *rata* me apuntó con su pistola.

—¡No te muevas pinche güero!, que te disparo, danos el dinero y no saldrás herido.

Por un momento quería darles en la madre, pero llegó mi mente el recuerdo de mi hija que me estaría esperando en casa y se enteraría de mi muerte por televisión. El decirles “no” a las ratas coludas era un suicidio, resistí mi ira, apreté los puños y les dije con voz entrecortada,
—Aquí tienen su lana.

Los ladrones estaban alterados, se fueron corriendo incluso alzaban su arma al aire.

Ese día llegue a casa , mi hija cada vez estaba más pálida con un tono casi verde , hacia tanto tiempo que no la había visto chapeada, tenía hambre ya no teníamos nada que comer y tuve que pedir ayuda a la vecina de al lado.

Ahora recogía mi comida de una caja de pollo frito. Estaba húmeda, pero de toda la basura y comida podrida era lo único salvable. Le ofrecí las piezas enteras a mi hija, yo solo comí las sobras, de las sobras.

Terminamos de comer y cuando menos sentí, tuve que sacar las fuerzas ya que si la policía patrullaba, nos tendríamos que esconder mientras la policía patrullaba por aquí tendríamos que escondernos en un lugar seguro. ¿A salvo?, Pero de quién, ¿Dónde?, Las calles estaban infectadas, había un toque de queda voluntario.

Yo había dudado de la existencia de la enfermedad flo-tante, ya que no vi a nadie que tuviera los dichosos síntomas, hasta que Carlos empezó a toser y escupir sangre de la nada.

Murió después de unas horas, nunca pudimos llevarlo a un hospital, mi hija me dijo que “para qué me esforzaba” que “así estaban bien las cosas”, yo le dije que no debía de morir. Que si bien, Carlos era delincuente por necesidad, no debía de morir así. Tenía derecho a vivir, que ya Dios le daría su castigo, mi hija desesperada lloraba y decía:

— No, ¡ese hijo de puta debe morir!

—No hija, yo no te eduque así— y le di una cachetada (me dolió hacerlo, pero no iba a permitir que una señorita hable así de la gente, que van a decir los demás, que soy un mal padre).

Después de casi arrastrar a Carlos hacia una farmacia en busca de un remedio que se decía podía curar a la gente, se desangró tosiendo sangre rápidamente y murió.

No lo pudimos enterrar, así que lo quemamos.

Mi hija lloraba y a la vez reía, le dije que se controlara. La cabrona cada vez se comportaba más como una loca.

—¿Por qué te ríes pendeja?

—Padre, me reprendes porque diga groserías, y tú me las dices a mí.

—Es porque yo soy tu padre y merezco respeto.

—¿¡Respeto!? ¡Pero si tú ni me respetas!

—¡Mira hija de la chingada!, si sigues con tus mamadas, te doy una madriza para que aprendas de una vez por todas. Estoy tan avergonzado, yo no te he educado para que seas una malagradecida.

Mi hija solo refunfuño y comentó muy bajito: “hijo de puta, pinche desgraciado”.

Me hice de oídos sordos. Mi carnal había muerto y teníamos que quemarlo ahí, ver deformársele el cuerpo, achicharrándose, me causaba cierta tranquilidad a pesar de que la escena que veía era profundamente desgarradora.

Mi hija de un momento a otro le aventó patadas al cadáver aun quemándose yo la tuve que agarrar, cada día actuaba más como una loca.

—¿Por qué le pegas a ese maldito cadáver?, ¿¡qué acaso estás loca!? ¡Deja de estar haciendo pendejadas hija!

—Papá, es que Carlos....

—¿¡Respeto!? ¡Pero si tú ni me respetas!

— ¿Carlos qué?, ¿¿Carlos qué?? Deja en paz a mi carnalito y deja de balbucear, mejor aguántate tu furia y aprieta los puños en lugar de estar chillando como vieja.

—¿Cómo vieja papá?, si yo soy vieja...

—Pues déjale de pendejadas, ¡madura Casandra!, ¡madura!

—¡Pero papá! Es que Carlos... — me dijo con una lágrima escurriéndole.

—¿Ahora qué?... habla, ¿Carlos qué?

—Carlos me violó... — dijo en un susurro.

Mi mundo se me hizo pequeño como una pelota de futbol, sin pensarlo golpeé al puto cadáver en los huevos, ¡pinche pendejo!, había violado a mi hija.

¡¡Muere maldito, púdrete en el puto infierno!!

¡Arde en el y quédate ahí hijo de la chingada!, ¡mal nacido!, ¿por qué violaste a la única persona que amo en esta vida...?

Mientras tanto, todos mis compas me miraban como si hubiera enloquecido.

¿Quién no hubiera enloquecido en esta vida de mierda?...